

NEW LEFT REVIEW 114

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

EDITORIAL

DYLAN RILEY ¿Qué es Trump? 7

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON El texto perdido 37

RAYMOND WILLIAMS El futuro del marxismo 57

ALEXANDER CLAPP Las dos caras de Atenas 72

CARLOS SPOERHASE *Rankings* estéticos 107

NUEVAS MASAS

ARRUZZA, FRASER &
BHATTACHARYA Manifiesto feminista 123

CRÍTICA

CATHERINE SAMARY Un utópico en los Balcanes 147

TONY WOOD Senderos mesoamericanos 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Darko Suvin, *Splendour, Misery and Possibilities: An X-Ray of Socialist Yugoslavia*, prólogo de Fredric Jameson, Chicago (IL), Haymarket Books, 2018, 428 pp.

CATHERINE SAMARY

UN UTÓPICO EN LOS BALKANES

¿Cómo es posible, se pregunta con una franqueza brechtiana Darko Suvin, que la Yugoslavia socialista empezara tan bien y terminara tan mal? Para responder a esa pregunta ha creado una obra extraordinaria sobre la filosofía de la emancipación, sobre las posibilidades experimentadas de la autogestión obrera y sobre el horizonte (en el sentido de Ernst Bloch del futuro deseado y del futuro labrado) del comunismo democrático. Salpicado de observaciones sobre Aristóteles, Dante, Montesquieu, Hegel, Lenin, Gramsci y muchos más, *Splendour, Misery and Possibilities* es también, como apunta Fredric Jameson en su esclarecedora introducción al libro, una intervención crítico utópica sobre los debates de hoy, no siendo el menor de ellos el debate sobre las relaciones existentes entre democracia económica y política. Suvin está excepcionalmente cualificado para emprender esta tarea. Testigo directo de las primeras décadas de la revolución yugoslava, profundamente comprometido con sus fines emancipatorios, es también un teórico de la ciencia ficción y de la utopía y un pensador heterodoxo dentro de lo que Bloch llamó la corriente cálida de un marxismo de la liberación orientado hacia el futuro, y complemento de su corriente fría de análisis.

Nacido en Zagreb de una familia judía croata, Suvin tenía 10 años cuando los tanques de Hitler entraron en la ciudad. Recuerda aquí «la amenaza fascista inmediata de los años de la guerra para mi supervivencia física y psíquica, en mi calidad de niño pequeño pero consciente» y después «los maravillosos años después de 1945», en tanto que joven militante

titista. Miembros de su familia –los Šlesingers: que se cambiaron el nombre a Suvin cuando en 1939 se oscurecieron los cielos– se contaban entre los cientos de miles de personas masacradas por los *ustaše* croatas, cuyo salvajismo hacia los judíos y los serbocroatas escandalizó incluso a la Gestapo. En 1945 se unió a la Organización Juvenil Comunista (SKOJ), que había jugado un papel principal en la Resistencia. Como escribe en «Pro Domo Sua», la introducción a *Splendour, Misery and Possibilities*: «Espero que el horror, el deseo, la ira, la lealtad y el auroral pasmo del joven comunista se hayan prolongado hasta esta revaluación».

Suvin fue un producto de (y un participante en) el extraordinario fermento de la Yugoslavia de la posguerra, que lanzó el experimento sin precedentes de la autogestión obrera y de la planificación igualitaria y abierta a las corrientes más amplias de la izquierda internacional. Este fue el contexto para la fértil interacción de géneros, conceptos y culturas, que ha sido la marca distintiva de la obra de Suvin: desde la teoría crítica hasta las novelas de quiosco, la ciencia ficción soviética, el teatro japonés y la filosofía política radical. Armado también con una licenciatura en ingeniería química, estudió y después enseñó teatro contemporáneo, teoría literaria y ciencia ficción en la Universidad de Zagreb. Como señalaba en una entrevista de la revista *Science Fiction Studies*, los acontecimientos formativos de su juventud –la monarquía yugoslava, la ocupación fascista, la lucha partisana, la reconstrucción revolucionaria– hicieron que le fuera fácil concebir líneas de tiempo alternativas y mundos posibles. «Una bomba nazi estalló a cincuenta metros de dónde yo estaba: en un mundo ligeramente alternativo yo habría muerto entonces, antes de cumplir 10 años». Primero vino la práctica y, solamente después, el descubrimiento de «otros mundos» impresos: Tomas Moro, Julio Verne, H. G. Wells.

A mediados de la década de 1960, Suvin obtuvo una beca para proseguir sus estudios en Estados Unidos, visitando y dando conferencias en los departamentos de Teatro de costa a costa (y poniéndose en huelga con los estudiantes de Massachusetts). Mientras estaba ausente (tal vez por cuestiones de celos locales) se le expulsó de su puesto en Zagreb. Más tarde impartió clases en el departamento de Literatura de la McGill University de Montreal. Teórico fundador de los estudios contemporáneos sobre ciencia ficción, su definición del género, en términos formalistas o brechtianos, como «literatura del extrañamiento cognitivo» se hizo muy famosa. El gesto que la define es la representación ficcionalizada de un *novum*, de una comunidad cuyas instituciones, normas y relaciones se ordenan según principios alternativos a los que estructuran el mundo que habita el autor. El término procede de Bloch, de *El principio esperanza*: aquí puede decirse que la realidad incluye no solamente lo que es sino lo que podría ser, porque el mundo material está inacabado y su dirección futura no está predeterminada. Posibilidades

alternativas reales se despliegan en el horizonte ante nosotros y pueden ser anticipadas, representadas, enfrentadas en tanto que «utopías concretas», a diferencia de las meramente fantásticas «utopías abstractas» producidas por el afán compensatorio de nuestros deseos. Para Bloch el *novum* es aquella parte de la realidad que justamente empieza a existir en el horizonte del futuro, es el «aún no». Para Suvin, este será un concepto clave para repensar la historia de Yugoslavia en *Splendour, Misery and Possibilities*.

Asentado en Italia después de su retiro de la McGill University en 1999, al principio Suvin se negó a poner el pie en el territorio de la antigua Yugoslavia tras su colapso en las secesiones criminales y las guerras civiles de la década de 1990 en las cuales «una diversidad de enfrentamientos entre clases enanas» condujo a «una guerra entre mininacionalismos alucinados». A partir de 2002, sin embargo, entró en contacto con la nueva generación de izquierdas de Zagreb y Belgrado, que había traducido los ensayos epistemológico-políticos que Suvin había empezado a escribir a finales de la década de 1990 sobre el turbocapitalismo. Esta generación consideraba importante reconstruir un «espacio yugoslavo», al menos en el plano de las ideas, y apremió a Suvin a que plasmara sus recuerdos. Estos se publicaron por entregas bajo el título *Memoari jednog skovevca* [Memorias de un joven comunista] a partir de 2009. Suvin describe este libro que nos ocupa ahora como un «daño colateral» de aquella rememoración de las décadas de la guerra y la postguerra.

El aura de aquellos días era de alguna manera de un rotundo blanco y negro, pero enérgica y abrumadoramente esperanzador y brillante. La brutal discrepancia entre esa época y el mismo locus dos generaciones después, con la defunción ignominiosa y sangrienta de la República Socialista Federal de Yugoslavia entre medias, promovió reflexiones exasperadas y lacerantes: ¿cómo había sido posible esta involución de un horizonte brillante a uno negro? Tras esta pregunta, surgió una reflexión más inquietante: ¿había tenido algún sentido ese horizonte revolucionario y por lo tanto, mi activismo juvenil? No tenía pistas y me dije a mí mismo (plagiando al Galileo de Brecht): *Ich muss es wissen*, ¡tengo que entenderlo!

Esta es la presentación más sintética –y emotiva– que hace Suvin de lo que él llama el «qué, por qué y cómo» de *Splendour, Misery and Possibilities*, que se escribió bajo varias presiones. Políticamente, Suvin sentía que estaba trabajando dentro y en contra de «un féretro dominante, pesado y asfixiantemente contrarrevolucionario», cuyo efecto era la humillación ideológica de toda la historia de la Yugoslavia de Tito, no solamente extrapolándola retrospectivamente a partir de su final, sino tachándola como una «empresa mal concebida o de hecho perniciosa» desde el principio mismo. Metodológicamente, Suvin presenta, como señala Jameson, un tipo de «historia reflexiva», una evaluación de los acontecimientos que reexamina las categorías en las que estos han sido

—y deberían haber sido— pensados, en el curso de su despliegue. Para Suvin esto implica, ante todo, elaborar juicios atendiendo a un horizonte utópico crítico. Cita el *dictum* de Rousseau: debemos saber lo que debería ser para poder juzgar bien lo que es. La tercera presión es tanto moral como epistemológica: Suvin considera este libro un paso para enmendar la «odiosa obliteración de la memoria» efectuada en las tierras yugoslavas, ejemplificada por Tudjman dinamitando cientos de memoriales partisanos en Croacia; una profanación que Suvin compara con las de los talibanes volando los monumentales Budas de Bamiyán, aunque en el primer caso no se incurriera en absoluto en la misma desaprobación occidental. El proyecto, pues, debe abarcar las «discrepancias polares» de Yugoslavia: «tanto el auroral comienzo como el final oscuro como boca de lobo deben ser explicados».

Splendour, Misery and Possibilities omite deliberadamente lo que sería el punto de partida de cualquier relato convencional de la Yugoslavia socialista: las prehistorias contrastadas de las poblaciones que la componían, durante los largos periodos bajo gobiernos extranjeros, en una tierra que no solamente se caracteriza por sus amplias variaciones geográficas (costa adriática, llanuras y colinas norteñas, reductos montañosos al sur), sino que históricamente ha sido fraccionada por poderosas fronteras imperiales y religiosas: al este, la ortodoxia de Bizancio a la que sucede el Califato Otomano, que subordina al reino medieval de Serbia; al oeste y al norte, los imperios de Roma, Carlomagno, los Habsburgo, Napoleón y Austrohúngaro, que sucesivamente se tragarón los territorios de Eslovenia y Croacia. Los distintos patrones de desarrollo socioeconómico y las luchas históricas por la independencia producto de esa diversidad marcaron las perspectivas de serbios, croatas, eslovenos, bosnios, dálmatas, montenegrinos, macedonios y otros pueblos, como lo hicieron sus propios alfabetos e idiomas. Tampoco describe Suvin el establecimiento en 1919 de la «primera» Yugoslavia, de ese reino que, en algunos sentidos, era como una Gran Serbia; ni las tradiciones insurgentes del socialismo balcánico, que precedieron y ayudaron a moldear el Partido Comunista Yugoslavo (se ha publicado una útil selección de documentos previos a la Primera Guerra Mundial sobre el socialismo balcánico y el concepto de Federación Balcánica en la revista *Revolutionary History* en 2003).

En lugar de ello, Suvin se concentra en lo que él llama las tres «singularidades», dos de ellas emancipatorias y la tercera letal, que, en su opinión, definen el *novum* de la RSFY y de su trayectoria. Su relato empieza *in media res* con el nombramiento de Tito como secretario general del Partido por parte de Stalin en 1937, aunque Suvin señala que la Yugoslavia de entreguerras era, en aquel momento, una economía campesina empobrecida, siendo sus ingresos anuales *per capita* (96\$) más parecidos a los de Egipto (85\$) que a los de Alemania (520\$) —no situándose «ni siquiera a medio camino entre las colonias asiáticas y los países metropolitanos de Europa»—. El inmenso impacto de la Revolución

de Octubre en aquellas condiciones se reflejó en el rápido crecimiento del joven PCY, afiliado a la Comintern, flanqueado por su ala sindicalista y por las organizaciones juveniles y de mujeres. Los comunistas fueron el tercer partido en las elecciones de 1920 a la Asamblea Nacional y obtuvieron la mayoría del voto en las grandes ciudades –Belgrado, Zagreb, Skopie– antes de que la dictadura monárquica los condenara a la clandestinidad. Suvin pone el acento en la importancia de la autoridad personal de Tito, de su experiencia y amplitud de miras, pero estas fueron también producto de la tradición más amplia de los Balcanes, compartida hasta cierto grado por muchos de sus camaradas veteranos. Nacido de una familia campesina de ascendencia mixta croata y eslovena, Josip Broz trabajó como cerrajero en Alemania, se afilió al SPD, fue hecho prisionero por el ejército zarista en la Primera Guerra Mundial en tanto recluta austrohúngaro, se escapó para participar en la Revolución de Octubre en Omsk, regresó para formar el sindicato de trabajadores del metal en Yugoslavia, atravesó Europa como agente de la Comintern para el secretariado de los Balcanes y ayudó a reclutar y entrenar una brigada yugoslava para luchar en la Guerra Civil española. Los «españoles» del PCY, fogueados en la batalla, jugarían un papel crucial en la resistencia partisana.

A pesar de su lealtad a la Comintern, Tito y sus camaradas conservaron una dimensión crucial de autonomía a la hora de tomar decisiones. El sectarismo de la línea del «tercer periodo», elaborada por la Comintern estalinizada, había resultado desastrosa para el PCY a principios de la década de 1930. Tito se aprovechó del giro «frentepopulista» para construir acciones de masas, insistiendo en que el liderazgo del partido debía establecerse dentro del país y apuntar siempre –como insistiría su lugarteniente Edvard Kardelj, un economista esloveno y líder partisano– a la independencia financiera respecto del Kremlin. Esto adquirió una importancia primordial cuando las potencias del Eje invadieron y desmembraron Yugoslavia en 1941, mientras el gobierno monárquico huía a Londres. Contradiciendo las órdenes de Moscú, los aliados apoyarían al rey hasta 1944, los partisanos no solamente clamaron «Muerte al fascismo» sino «Libertad para el pueblo». En las zonas liberadas, las fuerzas de la resistencia establecieron comités populares electos, que dirigían por sí mismos las aldeas y las ciudades. Tal y como lo expresa Suvin, era un asalto moral y material al viejo sistema de clases. El carácter propio de la lucha de liberación surgió de esta práctica improvisada en regiones a menudo aisladas del grupo dirigente, siempre en movimiento, del Partido. Para Suvin (que insiste en la «z» balcánica), la «poderosa tradición *partizana* de resolver las cosas allí donde se presentaba el problema se aplicaba no solamente a las unidades combatientes, sino también a las «formas de democracia de masas» que surgían de la lucha, impregnadas con el «espíritu internacionalista y militante del movimiento obrero», que se encargaba de insuflar el PCY.

Esta fue la primera «singularidad» yugoslava, argumenta Suvin: la revolución de 1941-1946 se combatió como una guerra antiimperialista por la liberación nacional y por la justicia social, en lugar de restringirse a un frente antifascista, lo cual rompió por ende el acuerdo de Yalta sobre las «esferas de influencia», que era un aspecto clave de la diplomacia de Stalin. La original «fusión artesanal» de liberación nacional y revolución social lograda mediante la actividad de un pueblo que se liberaba a sí mismo por sus propios esfuerzos, constituyó, pues, la matriz que sostuvo e hizo funcionar todo el resto. Como señala Suvin, la autoconfianza que nació de la resistencia y de la lucha combinada por la «democracia plebeya», por la soberanía y por la libertad social, era muy diferente de la experiencia de los países de la Europa del Este, directamente dependientes del Ejército Rojo para su liberación de Hitler. Más cercana en esto a las Revoluciones China y Vietnamita, esta experiencia dotaba al nuevo Estado y al gobierno de Tito de una extraordinaria legitimidad e impulso popular, que la terrible devastación que la guerra había infligido –más del 10 por 100 de la población asesinada, muchos de ellos por los fascistas de producción propia del Ustaše; líneas ferroviarias y otras infraestructuras destrozadas por las fuerzas del Eje en su retirada– no hacía sino reforzar. En las elecciones de noviembre de 1945, el Frente Popular, liderado por el PCY, obtuvo una amplia mayoría. En opinión de Suvin, el acuerdo nacional-constitucional que apuntaba a una nueva «unión» yugoslava de pueblos libres e iguales –y que sustituía el reino dominado por Serbia por una federación de repúblicas socialistas y de provincias autónomas– estaba en consonancia con la autonomía internacional que el liderazgo de Tito perseguía. El gran proyecto histórico de una confederación socialista balcánica, directamente negociada entre los Estados de la región, fue sabotado por Stalin, lo que tendría consecuencias nefastas para los albaneses de Kosovo. Pero el conflicto con Moscú abrió una nueva fase en el proyecto socialista yugoslavo.

La segunda singularidad fue la introducción del sistema de autogestión de los trabajadores, después de la ruptura de Tito con Stalin en 1948. El primer plan quinquenal del periodo inmediatamente posterior a la guerra había previsto la colectivización, la planificación centralizada y las cuotas de producción según el modelo soviético, para lograr las tareas gigantescas de la reconstrucción y la industrialización, estrategia que entró en crisis cuando los yugoslavos se negaron a claudicar ante el intento de Moscú de controlar las relaciones del PCY con otros partidos comunistas y, posteriormente, de reemplazar a Tito con una «marioneta rusa». El Kremlin impuso como consecuencia de ello un feroz bloqueo económico y expulsó a Yugoslavia de la Cominform. Ante esta situación de emergencia, los pensadores económicos de Yugoslavia –Kardelj, Milovan Djilas y, por encima de todos, según la argumentación de Suvin, Boris Kidrič, un joven esloveno, líder de la resistencia

y ministro de Industria de Tito— recurrieron a la idea marxista de la «libre asociación de productores» y al panfleto de Lenin «Tareas inmediatas del gobierno soviético»: «El Estado socialista puede surgir únicamente como una red de comunas de productores y consumidores. Cada fábrica, cada aldea es una comuna de consumidores y productores, cuyo derecho y deber es aplicar las leyes generales soviéticas a su manera propia». La propiedad social ya se había implantado en Yugoslavia; en este contexto Kidrič propuso —con aportaciones de Kardelj y Djilas y con el consentimiento de Tito— la introducción de consejos obreros en cada fábrica, respaldados por la ley, y el reconocimiento de la autogestión obrera como derecho constitucional.

Splendour, Misery and Possibilities dedica un capítulo entero a la obra de Kidrič, a quien Djilas consideraba «la mente más osada de nuestra revolución». El enfoque de Kidrič de la autogestión obrera ponía en primer plano a la empresa de propiedad social, que se concebía como el sujeto, generador de renta, más que el objeto de la administración estatal. Entendida como una unidad independiente, la empresa no obstante hacía completamente públicas sus cuentas y trazaba su planificación con arreglo a parámetros fijados a escala nacional. Estaría dirigida por un consejo obrero electo, con miembros revocables y con limitación de mandatos, y por un director, nombrado por el Comité Popular local, que hasta la década de 1960 solía ser habitualmente un antiguo partisano. Kidrič, según el relato de Suvin, priorizó el problema central de una transformación emancipatoria de la economía: «¿Quién se apropiará del plusvalor?» A partir de 1948, rechazó la planificación centralizada estalinista por su ineficacia y por su incapacidad para transformar las condiciones de los obreros, acercándose más, en ese sentido al Lenin de *El Estado y la revolución*, que al Lenin que elogiaba la «organización científica del trabajo» de los grandes monopolios. Al mismo tiempo, la noción de autogestión suscitaba cuestiones prácticas y teóricas sobre la «transición al comunismo»: ¿qué papel tenía el mercado en cuanto «instrumento de planificación» y en las elecciones descentralizadas de los consumidores? ¿Cómo se combinaban la planificación y los derechos de los trabajadores? ¿Qué quería decir «propiedad social» no solamente en tanto que categoría jurídica, sino en las relaciones sociales reales a la hora de tomar decisiones y efectuar las funciones de control? Finalmente, ¿qué hay de la «política»? Tomando como modelo la Comuna de París, Kidrič propuso una jerarquía electa de consejos obreros, desde el nivel local hasta el nacional. Haciendo un guiño a las organizaciones obreras radicales de la época de Marx, el partido se renombró como la Liga Comunista de Yugoslavia. (LCY).

Suvin interpreta la estrategia de los consejos obreros como una «continuación directa de la imaginación creativa de la guerra partisana». Sin duda, no fue únicamente una política sobre el papel. La autogestión fabril creció más allá de su necesidad inicial de defender la autonomía de la toma de

decisiones nacionales frente al *diktat* de Moscú para convertirse en el rasgo central del sistema yugoslavo. Los consejos obreros electos se reunían una vez al mes, redactaban reglas básicas para la empresa, acordaban sus objetivos anuales, fijaban los salarios –rebautizados como «ingreso personal», del cual una parte podía aumentar si aumentaba la productividad– y autorizaban todas las compras o ventas importantes de activos fijos. Se crearon subcomités para informar sobre los aspectos específicos de la actividad de la fábrica. Se fijaron plazos y los cargos rotaban para evitar que se formara un estrato burocrático por sedimentación. En 1964, nos informa Suvin, casi una cuarta parte de la población había participado y los consejos de trabajadores se estaban extendiendo a los servicios sociales. Muchas de las empresas más grandes publicaban sus propios periódicos, que incluían propuestas, hacían encuestas, redactaban informes con los datos. Un requisito inmediato del nuevo sistema fue profundizar en la educación de los trabajadores para permitirles lidiar con las complejidades de la gestión de una fábrica. Las empresas y los sindicatos ayudaron a fundar más de doscientas universidades obreras, las cuales en 1968 habían ofertado casi diez mil cursos, mientras que las conferencias tenían dos millones de oyentes, en un país en el que en 1945 dos tercios de los jóvenes habían cursado apenas cuatro años de escolarización.

El sistema de autogestión obtenía su legitimidad, defiende Suvin, de «los logros revolucionarios de una movilidad ascendente plebeya, que cambió para mejor la vida de millones de personas», mientras que al mismo tiempo producía relaciones más igualitarias: a principios de la década de 1960, Yugoslavia tenía mejor coeficiente de Gini que los países capitalistas ricos. Mientras tanto, como Moscú se negaba a prestar ayuda, los fondos de inversión procedían de préstamos occidentales. Como señala Suvin, la situación geopolítica (el interés de los Estados Unidos por el papel estratégico de Yugoslavia en tanto que Estado antisoviético en el flanco occidental del Comecon) implicaba que el crédito no estaba acompañado de las duras condiciones habituales, permitiendo que el experimento social yugoslavo tuviera «un cuarto de siglo (aproximadamente entre 1949 y 1973) de margen para respirar antes de que el mercado mundial y las potencias occidentales empezaran a retorcernos el pescuezo». (La explícita decisión de Suvin de centrarse en la política interna justifica que no se mencione la concesión inicial del apoyo a Estados Unidos en la Guerra de Corea, ni tampoco más tarde, cuando ya se habían reparado las relaciones con Moscú, el apoyo a los tanques soviéticos en Hungría; y tampoco el giro para fundar el Movimiento de Países no Alineados y la solidaridad con las revoluciones anticoloniales a finales de la década de 1950).

A principios de la década de 1960, tras una década de crecimiento vertiginoso y de un desequilibrio en aumento entre los diferentes sectores, la

economía yugoslava se enfrentaba a serios problemas de sobrecapacidad. Como señala Suvin, la RSFY ahora poseía cinco refinerías de petróleo, seis siderúrgicas y cinco plantas de montaje de vehículos, que dependían de ingentes subsidios para compensar una demanda insuficiente, situación que evidenciaba una sobrecapacidad especialmente pronunciada en los sectores textil, metalúrgico, tabaquero y de procesamiento de alimentos. Lo que se necesitaba, defiende Suvin (y esto, repetido en términos apasionados, es la tesis central del libro) era una profundización de la democracia plebeya: el plan centralizado «en retroalimentación constante con los productores directos» que había propuesto Kidrič. El punto de partida blochiano de Suvin le permite «ver» tres posibilidades de futuro concretas en el contexto internacional e interno de la revolución yugoslava: una democracia socialista radical, una economía planificada de corte estalinista o la restauración capitalista.

Kidrič, que murió en 1953 a una edad trágicamente temprana, 41 años, había contemplado, con una clarividencia sorprendente, las tensiones existentes entre la necesidad de la «centralización» y la lógica de la independencia empresarial, basada en las relaciones de mercado. «Es necesario introducir lo antes posible consejos obreros en cada rama económica de toda Yugoslavia», insistía en 1951:

Sin introducir al mismo tiempo una asociación democrática y centralizada de los colectivos obreros, es decir, de los productores directos, la descentralización de la gestión operativa al margen del Estado no nos llevará hacia delante, sino que nos conducirá inexorablemente a retroceder a un capitalismo de Estado, de hecho a varios capitalismo de Estado (en las repúblicas) que se comportarían de manera particularista en relación al conjunto (de Yugoslavia) y de manera burocrática y centralista hacia abajo en relación con los colectivos obreros.

Pero para esto hubiera sido necesario que la LCY se democratizara y, en este estadio, argumenta Suvin, el Partido ya se había convertido en una «politocracia» que defendía sus propios intereses. Como muestra un análisis de su membresía, en 1948 los obreros componían el 39 por 100 de los altos cargos. A mediados de la década de 1970 su proporción en el Comité Central había disminuido hasta un 19 por 100, con los veteranos partisanos formando otro 11 por 100 y conformando los «gestores» la mayor parte del resto. En los debates urgentes sobre política económica que siguieron a la recesión de 1961, la «politocracia» se resistía a hacer más experimentos con la democracia directa. Como explica Suvin, esto hubiera requerido cambiar su propio papel, «mediante una intensa recualificación y reagrupación», para pasar de dirigentes a educadores a fin de obtener consentimiento «y ello sin que implicara necesariamente una enorme disminución de poder, pero sí supusiera un poder que interactuara con una democracia política y económica incentivada, que ascendiera de abajo arriba». Pero el núcleo

profesional del partido se había olvidado de esa búsqueda incesante de un nuevo conocimiento que habían practicado toda su vida Marx y Lenin y, en lugar de ello, a partir de la década de 1960, «cometieron el peor pecado intelectual posible: no quisieron saber más». En lugar de una democracia de abajo arriba, el gobierno yugoslavo optó por fomentar el consumismo con la ayuda de un préstamo del FMI.

Suvin periodiza la historia de la RFSY en «veinte años gloriosos», desde 1945 a 1965, seguidos por veinte años «penosos», con las reformas de mercado de 1965 como momento decisivo. Estos años produjeron la tercera singularidad autodestructiva: en lugar de apuntar hacia un horizonte de «justicia socialista, emancipación comunista y bienestar económico», el país ahora se alejaba de ello. Este «bandazo» divide los *vingt glorieuses* de los *vingt minables*. En concreto, la Ley Bancaria de 1965 concentró el capital de inversión en los bancos remodelados de las repúblicas; en 1971, escribe Suvin, las autoridades federales habían perdido totalmente el control de la política crediticia. Los bancos de las repúblicas septentrionales, las más ricas del país (Croacia, Eslovenia, Serbia), se convirtieron en el sector más lucrativo de la economía yugoslava, mientras sus dirigentes se transformaban en los nuevos intermediarios de las relaciones de poder tejiendo vínculos estrechos con los líderes del partido a escala de cada una de las repúblicas en Zagreb, Ljubjana y Belgrado.

Al mismo tiempo, las reformas de 1965 recortaron los subsidios y devaluaron la moneda, conduciendo a una brusca alza de precios. Según el innovador análisis de Susan Woodward en *Socialist Unemployment* (1995), Suvin muestra cómo las empresas autogestionadas, presionadas por la escasez de inversiones, trataron de evitar el despido de los trabajadores en plantilla, pero dejaron de crear nuevos empleos, lo que condujo al aumento del paro juvenil. En cinco años había un millón de *gastarbeiter* yugoslavos en Alemania, procedentes principalmente de las zonas del norte. Las divisas extranjeras y la deuda en aumento, junto con el turismo en la costa dálmata, se convirtieron en los rasgos principales de una economía cada vez más regionalizada. Las esperanzas iniciales de que las empresas autogestionadas retuvieran una amplia porción de las ganancias bajo las reformas de 1965 se evaporaron rápidamente en el contexto de un «sistema financiero pujante» y de la dispersión del poder central en «siete u ocho *apparati* semiestatales». Entre bambalinas, escribe Suvin, el FMI y el Banco Mundial se dedicaban sistemáticamente a presionar por la descentralización, como un «caballo de Troya» para la mercantilización. Pero, aún así, su explicación de la «tercera singularidad» es esencialmente endógena:

En la década de 1960, los «reformistas» del Partido llegaron a un acuerdo con los moderados contra los partidarios de un regreso al estalinismo en torno a una plataforma de gobierno polítocrata y se convirtieron en «descentralizado-

res», lo que significó otorgar más poder a los líderes republicanos y locales, efectuar concesiones verbales –y menos materiales– a los trabajadores e incrementar los niveles de consumo de la clase media, todo ello en el marco de un mercado tan solo parcialmente controlado. El monolito gobernante se fragmentó en una poliarquía de centros de poder «republicanos».

Las tensiones en aumento estallaron en una serie de protestas a finales de la década de 1960 y durante la de 1970 a las cuales Tito y Kardelj respondieron con una combinación de concesiones y represión (Suvin no analiza esto en detalle). Tras la muerte de Tito en 1980 el sistema entra en su última década, caracterizada por la crisis política interna y las presiones económicas externas. A mediados de la década de 1970, escribe Suvin, los epitafios sobre las anteriores esperanzas de Yugoslavia podían aún limitarse a lamentar la mediocridad: hablar, como Bogdan Denitch, del contraste entre las «posibilidades mundanas» de un país pequeño, relativamente subdesarrollado y las «aspiraciones heroicas a resolver los complejos problemas de la multinacionalidad, de la democracia industrial, del igualitarismo y de la movilidad social de una manera que nunca antes se había intentado en ningún otra parte del mundo». Para Dennison Rusinow, «Yugoslavia se convertiría en otro Estado chapucero, moderadamente opresor, semieficaz, semiautoritario [...] como la mayoría de los Estados». Mucho más triste sería cualquier epitafio escrito después de la década de 1990, con sus «guerras fratricidas, la miseria moral y material», y la «desgracia de la desintegración contrarrevolucionaria». En un extraordinario pasaje, Suvin hace un retrato de Yugoslavia como la heroína de la liberación popular, lidiando con un legado balcánico semejante a la cabeza de una hidra: el autoritarismo patriarcal, la usura *kulak*, el escapismo *kitsch* pequeñoburgués, la negligencia heredada de la decadencia otomana, la envidia subalterna croata, el narcisismo esloveno. «Mientras la heroína, la Yugoslavia ilustrada original, tuvo fuerzas y la cabeza despejada, se cortaron cabezas de la hidra y los monstruos derrotados regresaron a sus guaridas». Pero cuando tropezó y finalmente se descorazonó, estos surgieron de nuevo, «con la ayuda decisiva de la obtusa oligarquía gobernante».

Pero Suvin quiere insistir en las posibilidades latentes de la Yugoslavia socialista, así como en los esplendores y miserias que evoca su título balzaciano. Su relato histórico del auge y caída de la RFSY se complementa con un conjunto de herramientas conceptuales reelaboradas con las que evaluar su sentido para cualquier otro proyecto ambicioso de liberación humana. En un sorprendente capítulo, que deduce sus tesis mediante un proceso de «descuartizamiento y reensamblaje de los contrastes desarrollados en el ensayo de Marx, «Sobre la cuestión judía», Suvin propone el término «Comunismo 1» para describir el proyecto marxiano original de completa emancipación humana y social y «Comunismo 2» para denominar el comunismo oficial

de Estado del siglo XX en sus diversas formas. Los dos eran diferentes, sin duda, pero en la experiencia yugoslava no estaban totalmente disociados, pues el Partido, durante la guerra y las primeras décadas de su mandato, «no fue únicamente un factor de alienación, sino a la vez también el iniciador y la palanca de una liberación auténtica, hasta un cierto límite importante». Suvin subraya: «La liberación es importante y el límite es importante». En esa época al menos, «el gobierno del Partido/Estado era un Jano bifronte». Esa «dialéctica potencial» fue sofocada por una tradición «burocrática» (en el sentido de Marx) de monolitismo y falta de transparencia, en este caso de origen estalinista. En la medida en que proporcionaba la columna vertebral emancipatoria, el Partido era un instrumento de retroalimentación posible para los intereses de la clase plebeya desde abajo. Pero dado que no existía democracia interna, «dichas presiones eran demasiado inmaduras, conduciendo en la práctica a una ejecución, voluntariosa o desgana, de las decisiones procedentes del grupo dirigente».

No obstante, defiende Suvin, el hecho de que «los partidos degeneren a medida que obtienen éxito», no es una «ley de hierro», aunque esta parezca ser una tendencia permanente después de las revoluciones acaecidas en la sociedad de clases. Depende de «qué fuerzas compensatorias se movilizan en cada situación concreta». Por lo tanto, el Comunismo 1, en tanto que «democracia completamente retroalimentada» dedicada a la satisfacción de las necesidades humanas, no era un horizonte abstracto, inalcanzable, sino una utopía concreta hacia la cual apuntaban los «impuros pero reales» avances hacia el autogobierno bajo el Comunismo 2. La relación puede entonces concebirse como la de un «comunismo plebeyo real, de democracia directa, que libera y empodera al pueblo», frente a un «comunismo oficial, de Estado y Partido», bifronte como Jano, que «en parte era muy real, pero era emancipador tan solo hasta cierto punto y estaba trufado por tentaciones de recurrir a la represión».

Aquí es crucial el concepto de Suvin de democracia plebeya en proceso de construcción como una forma de resistencia a las relaciones de dominación capitalistas o burocráticas. ¿Por qué «plebeya»? El término, explica Suvin, procede de «Brecht, con un toque de Bajtín y Babeuf» y denota «todas las clases sociales que viven de su trabajo físico y/o mental». Lo prefiere por la mínima al término «proletarios» de Marx, no solamente porque ha sido «menos manoseado por la propaganda entusiasta y menos relacionado con los obreros industriales del siglo XIX», sino también quizá porque sus orígenes romanos enfatizan «el elemento de oposición cívica al pernicioso poder estatal de una clase dominante», mientras que sus connotaciones brechtianas suscitan la «igualmente importante» cuestión de la posición dentro del proceso de producción capitalista. La misma inquietud puede ampliarse al resto de las formulaciones, todas con sus fortalezas y debilidades: clases dominadas o

subalternas, trabajadores asalariados, etcétera. Suvin plantea aquí temas fundamentales acerca de cómo repensar los debates emancipatorios y marxistas, así como lo que él denomina (siguiendo a Gramsci) el bloque de alianzas, que incluya al campesinado así como a los trabajadores e intelectuales precarios y no asalariados. Sus observaciones sobre la oposición cívica pueden también relacionarse con su planteamiento de la política: contra las perspectivas «clásicas», él insiste en que «el comunismo no puede abolir la política», entendida como la expresión de los intereses y las elecciones en conflicto, ni puede reducir estos a cuestiones de clase, como lo demuestran los temas de género, culturales, nacionales y medioambientales.

En lo que se refiere a la relación existente entre los conceptos mismos de comunismo y socialismo, Suvin se preocupa por la cuestión a lo largo de todo el libro. Explica que tiene fuertes reservas hacia el último término, tanto por la confusión entre el ideal y su práctica y, de manera más neurálgica, debido a su empleo para describir una época histórica, especialmente cuando se concibe el socialismo como «una formación social terminada, monádica, a la par del feudalismo y del capitalismo». Pero, más que usar comillas disuasorias cuando atribuye «socialismo» a la experiencia yugoslava, ofrece su propia definición, de la cual un término fundamental es «desalienación», comprendida tanto en el sentido de rehumanización, como de autogobierno. Así, pues, el «socialismo» es «un periodo de transición, que puede durar generaciones», entre el capitalismo explotador y el comunismo totalmente democrático: «El término “socialismo” es útil únicamente si lo entendemos como un campo de fuerzas polarizado entre las diversas alienaciones de la sociedad de clases y la desalienación del comunismo». El socialismo, por lo tanto, «nunca puede “construirse” como una casa y, especialmente, no “en un solo país”, y si en algún momento se finalizara, ya no sería socialismo sino comunismo democrático».

Entre el socialismo y el comunismo, sin embargo—o entre el «Comunismo 2» y el «Comunismo 1»— se alza el problema de la burocracia; otro concepto clave al que Suvin dedica dos estudios finales. El primero explora las discusiones sobre la burocracia y el Estado dentro del marxismo clásico; el segundo trata de los debates, mucho menos conocidos, sobre estos temas en la Yugoslavia posrevolucionaria, entre los líderes (Kidrič, Djilas, Kardelj, Tito y Vladimir Bakarić) y en el seno de lo que Suvin denomina la «oposición leal» socialista, en la que incluye al economista crítico Branko Horvat y a los miembros clave del grupo *Praxis*: Mihailo Marković, Dragoljub Mićunović, Gajo Petrović y otros. Como Petrović, Suvin efectúa una distinción tajante entre el funcionariado en general—el elemento «buro»: los chupatintas de cuello blanco— y el elemento «cracia», quienes gobiernan. Su perspectiva final conserva un elemento paradójico: el término burocracia, fue útil en un primer momento para facilitar el debate crítico sobre la URSS de Stalin, pero

su uso ha degenerado en «tergiversaciones estériles sobre “estratos”, que implican la ausencia de un antagonismo social profundo». No obstante, por muy problemático que sea el término, era fundamental hacerse una idea mental clara de la realidad a la que apuntaba esa «flecha torcida».

Los problemas conceptuales que implicaba determinar si había surgido una «nueva clase dominante» a partir del liderazgo de Tito están presentes en todo el libro. Como explica Suvin en la introducción, él aún no se había formado una opinión definitiva sobre ello hasta que no terminó su investigación sobre la estratificación social yugoslava. De hecho, en diferentes capítulos del libro, que se escribieron y publicaron en parte como ensayos separados («en el sentido brechtiano de *Versuche*, ensayos que intentan una exploración cognitiva») aunque desde el principio con la intención de compilarse, se ofrecen formulaciones ligeramente diferentes. Los fundamentos para lo que Suvin denomina sus «vacilaciones» sobre el tema (que tienen un auténtico interés intelectual) se basan en una elección metodológica fundamental: *Splendour, Misery and Possibilities* pretende explícitamente examinar los temas políticos y sociales de manera entrelazada, no solamente en su ser, sino tal y como los moldeaban y expresaban las tendencias en conflicto, con sus dimensiones nacionales e internacionales y, aún así, abierta a las elecciones y transformaciones con resultados radicalmente diferentes.

En lo que podrían denominarse las versiones «más blandas» de su tesis de la «nueva clase dominante», Suvin describe una «*burguesía compradora* potencial», que incluye banqueros, gestores de exportación y representantes de empresas extranjeras, que surge en algún momento de las décadas de 1970 y 1980; cita, sin refutarla, la opinión de un «infiltrado muy bien informado», Bakaric, en 1971, de que estos «todavía no eran capitalistas, pero ya representaban al capital». La versión «más dura» defiende que la «politocracia gobernante» entre 1950 y 1961 era una «protoclase», *in statu nascendi*, pero que en 1965-1966 ya había surgido una «clase dominante consciente de sí misma». Esta clase, después inmediatamente fragmentada en mayor o menor grado a medida que «sus fracciones decidieron que a sus intereses les venía mejor fracturar también el Estado y constituirse ellos mismos en clases *neocompradoras* legalmente independientes (en el caso de Eslovenia y Croacia) o apostar por una Gran Serbia». Como explica Suvin, el punto de partida de su investigación era, en términos formales, idealistas: la búsqueda de una «hipótesis general que explicara el desarrollo y posterior derrumbe de la RFSY» condujo a la conclusión de que una nueva clase dominante podía «explicar, básicamente en términos económicos, el desmembramiento de Yugoslavia».

Aquí hay que dejar constancia de varias dudas. La insistencia de Suvin en la existencia de una «nueva clase» que había surgido a mediados de la década de 1960 como la causa de la ruptura de Yugoslavia implica minimizar

otros factores. Como él mismo reconoce, su análisis deja de lado la cuestión nacional, el periodo entre la década de 1970 y la década de 1990 y los procesos posteriores de restauración capitalista, fundamentales para entender el resultado final. A pesar de su entusiasta interés por la obra de Kidrič, no proporciona ninguna respuesta definitiva a los debates marxistas –desde los acaecidos en la Unión Soviética de la década de 1920 al gran debate entre el Che Guevara, Charles Bettelheim y Ernest Mandel en Cuba durante la década de 1960 y en Checoslovaquia, con Ota Sik– sobre la «ley del valor» y las relaciones existentes entre planificación y mercado, estímulos y eficacia, en las sociedades en transición al socialismo. En Yugoslavia, este debate estaba específicamente conformado por el carácter de la revolución partisana y por el «contrato social» de los derechos nacionales y de la autogestión.

Aquí, el efecto combinado de los tres factores se sumaba a las presiones por un «socialismo de mercado». Las repúblicas más ricas querían aumentar libremente su producción para ser «más eficientes» y, por lo tanto, prestar una mayor ayuda a las más pobres, según su planteamiento. En segundo lugar, los enfoques obreristas y anarcosindicalistas defendían sus derechos de autogestión contra el control por parte del Estado y del Partido sobre la mayor parte del plusvalor y, por lo tanto, se oponían a la planificación centralista. En tercer lugar, algunos economistas, tanto marxistas como no marxistas, se inclinaban por permitir que la ley del valor y las presiones del mercado «jugaran su papel», lo que incluía una mayor apertura al mercado mundial, una postura que apoyaba Suvin y que tuvo un enorme grado de influencia en la época de los discursos sobre el Nuevo Orden Económico Mundial. Fueran cuales fueran los aciertos y errores de estos enfoques, no pueden identificarse sencillamente con la expresión o la defensa de unos nuevos intereses de clase (burguesa).

Suvin tiene razón cuando destaca la importancia de los factores internos a la hora de resistirse o de permitir las presiones para la restauración capitalista en Yugoslavia, no siendo el menor de ellos las opciones políticas a favor de la movilización o de la represión popular. El periodo entre 1968 y 1971, desde las revueltas estudiantiles hasta los primeros avisos del movimiento nacional croata, fue sin duda un momento decisivo. No obstante, entonces Tito y Kardelj aún ostentaban posiciones de liderazgo. Un análisis concreto del nuevo giro que ambos presentaron en el Congreso de Autogestión de Sarajevo en 1971 ilustraría lo que Suvin denomina el carácter bifronte del régimen, que jugaba un papel dual, por un lado, aumentando los derechos obreros y nacionales a la vez que reprimía cualquier movimiento autónomo. Podría haber aportado más pruebas que apoyaran su argumento sobre cómo el sistema de autogestión requería orgánicamente una forma de democracia radical socialista para que fuera coherente. Pero aún no nos encontrábamos

bajo el gobierno de una nueva burguesía, ni siquiera de «representantes» del capitalismo o de los intereses del FMI.

La Constitución de 1974-1976 aumentaba los derechos de los trabajadores y la propiedad social, desmantelando el sistema bancario y el poder tecnocrático en las grandes fábricas, así como ampliando los derechos nacionales. Pero lo hizo bajo la presión de las repúblicas más ricas, que querían controlar su propio comercio externo sin que se entrometieran los organismos federales (o la movilización de los obreros autogestionados). El resultado de este equilibrio de fuerzas supuso un aumento de la inflación y un aumento de la deuda, tanto interna como externa. A su vez, esto trajo aparejada más presión del FMI, que operaba no en conjunción con una «burguesía yugoslava» madura y unificada, sino con las burguesías emergentes de las repúblicas constituyentes. La muerte de los líderes históricos abrió la fase final de 1980-1989. En un contexto internacional cambiante, atrapadas entre la presión de la deuda externa y la resistencia social a las reformas del mercado, las dinámicas capitalistas dentro del sistema confederal produjeron el resurgimiento de los nacionalismos preyugoslavos y de algunos nuevos.

Estas notas de desacuerdo no restan nada a los logros generales de *Splendour, Misery and Possibilities*, que se extiende mucho más allá de la tesis de la «nueva clase». Suvin ha desempeñado una tarea valiosísima para el pensamiento radical contemporáneo trazando los hilos dorados de la democracia económica y política. En su conclusión vuelve a la reelaboración de la relación pensamiento-objeto de Hegel que hace Bloch, preguntándose no solamente si el pensamiento se corresponde con el objeto sino también, de forma más misteriosa, si el objeto se las apaña para corresponder con lo que potencialmente podría ser, una correspondencia más valiosa y más neurálgica en cuanto que no existe y que aún así sigue siendo la medida para cualquier realización «que aún no existe». Suvin se pregunta: «¿Tenía la RFSY una tendencia potencial para corresponderse con su horizonte emancipatorio más distante?» Si es así, la democracia plebeya que él postula podría contribuir a un utopismo útil y concreto. «Pero yo no puedo demostrarlo ni estar seguro de ello: aún no es el momento». Más que promover una utopía abstracta, finaliza con una paradoja retraducida de *Edipo en Colonna*, de Sófocles: «Lo que se ama se torna amargo y la amargura se ama». Inmensamente original, conceptualmente fecundo, estamos ante un libro rico y necesario.